

VIII

Régis de Fagan sufrió á su vuelta á París el más cruel de los desengaños al encontrar todas las persianas del piso bajo cerradas y el jardín vacío.

Paulina Hulín se había marchado, llevándose á todos sus criados sin que Antero, á pesar de haber presenciado la partida, pudiese dar á su amo la menor noticia. Anita, la doncella de la señora, le había dicho:—Nos largamos.—¿Á dónde?—Al Havre—y no había más detalles.

Fagan no podía creerlo. Al Havre ¿qué habría ido á hacer al Havre puesto que su marido vivía allí?—Pero si el marido ha venido—objetaba el majadero de Antero...

y por cierto que Anita creyó que era para llevarse al niño... pero se marchó solo y la señora dos días después.

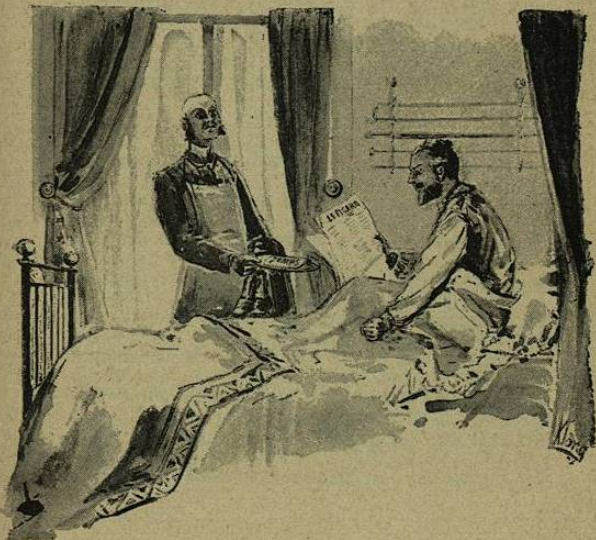
¿Qué pensar?

Lleno de angustia Fagan pasó aquellos primeros días sin salir de casa, esperando una carta y creyendo que quizá al abrir su balcón cualquier mañana, vería á Mauricio en el jardín mirando hacia el cuarto de su amigo. Pero no; el pradito, privado de los juegos del niño, le parecía cada vez mayor y en el paseo circular, en aquel camino en que tantas dulces conversaciones interminables había tenido paseando con su querida Paulina, las hierbecitas verdes que empezaban á brotar entre la arena, le recordaba la marcha y el abandono.

Una vez, sin embargo, al ver entrar bruscamente en su cuarto á su criado, Régis sintió latir más aprisa el corazón y creyó que Antero le traía noticias.

—No, señor; es una cosa más rara... Los periódicos de esta mañana dicen que el señor se ha vuelto loco.

Dicho esto con el tono especial de mal-humor con que hablaba á Fagan de sus piezas que no gustaban, el criado descorrió las cortinas de las ventanas y alargó á su amo el suelto reproducido por los



dos periódicos más leídos de París. En él se anunciaba, casi con los mismos términos, que á consecuencia de unas fiebres palúdicas que había cogido en Córcega el célebre escritor dramático Régis de Fagan, acababa de ser atacado de enagenación mental: los primeros síntomas se habían notado en un baile, en Ajaccio.

—¡Ah, la muy perra!..., exclamó Régis; había reconocido en el suelto el estilo y la inventiva de su mujer, y en aquel momento, exasperado, al dar á Antero una serie de órdenes contradictorias, con un tono brutal que nunca usaba, sorprendió claramente en los asustados ojos del pobre muchacho este pensamiento: «¿Acaso será verdad que se ha vuelto loco?» La mirada de su criado le sirvió de lección y le indicó la conducta que debía observar delante de las gentes. Si se hubiese dejado llevar de su temperamento irritable,

hubiera ido á exigir á los periódicos una rectificación con el bastón enarbolado, furioso, y su actitud habría justificado el abominable suelto. Tampoco debía exagerar la calma ni la indiferencia, porque esto daría lugar á suponer un estado comatoso.

En las redacciones de los periódicos le ofrecieron toda clase de excusas. La noticia la habían recibido directamente de Ajaccio por el cable. En el número del día siguiente la rectificarían, y si lo deseaba se podría fácilmente averiguar... ¿Averiguar? ¿Para qué...? Sería dar demasiada importancia á una granujada, á una broma; y en la redacción del periódico todos repetían las palabras, «granujada», «broma», escudriñándole hasta lo hondo de los ojos, auscultando sus palabras y sus gestos. ¡Ah! la grandísima bribona había elegido bien la manera de envene-

nar su vida. Contra cualquier otra calumnia había posibilidad de defenderse, de alegar pruebas; pero contra aquélla, cómo?

Durante todo el día Fagan se hizo ver en el Boulevard, causando gran extrañeza que se pasease, que estuviese suelto, que pudiera disfrutar del sol de los libres y de los vivos. ¡Sin duda había podido escaparse!... En su Círculo lo recibieron demasiado cordialmente, con exceso de afecto, como si recibieran á un amigo que no creían volver á ver. Comió, estuvo gracioso, ofreció escribir una pieza para la próxima fiesta anual; pasó las primeras horas de la noche en los foyers de dos ó tres teatros; volvió al Círculo á la hora en que los jóvenes gomosos, émulos del barón Rouchouze, van á buscarse la vida, y se sentó á una mesa de juego, donde estuvo hasta el amanecer para probar por completo que no estaba loco.

Al volver á su casa, abrió la ventana que daba al jardín. Empezaba á despuntar el día. En lo más alto de un grupo de olmos, apenas visible, silbaba un mirlo entre la niebla, en la que, la punta afilada de su pico, parecía escribir en arabescos la letra de su canción. Fagan meditó largo rato, lleno de tristezas, con decaimiento. ¡Qué solo se había encontrado en aquel París que había recorrido durante todo el día! ¡Tantas caras de hombres y de mujeres y entre todas ellas ni una que le mirara con cariño!

¿Consistía en el desaliento inmenso que sentía ó en la niebla de la mañana, que impregnaba el paño fino de su frac? El caso es que temblaba, y cerró la ventana sintiendo un malestar inexplicable, que, lejos de hacerle sentir la necesidad de sueño y de descanso, escitaba su cerebro y le hacía comenzar una larga carta diri-

gida á su hija mayor, que era el único corazón donde podía desahogarse y volver á tomar gusto á la vida:



«No quiero, Rosa, dejarte más de un día bajo la impresión producida por la horrible noticia que os habrán llevado los periódicos. A Dios gracias, ni hay locura ni amenaza de locura; tu padre sigue como siempre lo has visto: con la imaginación clara y los ojos serenos; una obra entre manos y otras esbozadas en la ca-

beza. Sólo he tenido que perder un día y una noche en dejarme ver por todo París, á todas horas y en todas partes, dando pruebas del equilibrio perfecto de mi espíritu. Los periódicos rectificarán hoy, y mañana ya no se hablará de esto.

»El error de los que han tratado de ahogarme con esta perfidia, ha consistido en creer que era posible, en estos tiempos y con una personalidad tan conocida como la mía, repetir la aventura del desgraciado Sandón, aquel abogado á que hicieron pasar por loco y que tuvieron secuestrado durante diez años.

»¡Ah! ¡Si hubiera querido vengarme, hacer abrir la información que me proponían, cómo hubieran caído en el lazo los infames é imbéciles que han inventado la calumnia! Pero el odio ocupa mucho tiempo... He consagrado toda mi vida al trabajo y esto da ideas de perdón.

» ¡Estoy tan solol... Ya no tengo ni aun aquella vecindad que hasta ahora me evitaba la tristeza de la casa vacía. Mme. Hulín se ha marchado llevándose á su hijo, sin duda, para eludir los efectos de la inicua ley que lo reclamaba para devolvérselo á su padre; ¿como le habrá ocurrido al consejero Malville, que es un hombre honrado, y á sus asesores, cuando han pronunciado la sentencia de separación, la idea de añadir la espantosa cláusula de que desde la edad de diez años y hasta terminar sus estudios, el niño había de estar bajo la dirección paterna? ¡Qué perspectiva para la pobre mujer pensar que podrían meter á su enfermito interno en cualquier colegio lejano y elegir alguna institución especial, que por su rigidez lo privase de la vigilancia y de los mimos de su madre!... ¡Y quién sabe si descubrirían en él tales instintos de maldad y

de rebeldía que hiciesen necesario llevarlo á Metray y meterlo en aquel presidio que llaman la casa de familia ó que entrase en la escuela de grumetes... Pobre Mme. Hulín! ¡Qué bien comprendo que se haya llevado á su hijo y que lo haya escondido en algún rincón de la tierra!

» Mientras tanto me veo privado de aquella dulce amistad de mujer que cada día era más grata para mí. Hasta el mismo Mauricio me entretenía con su charla afectuosa. Con la precocidad que le daba su estado enfermizo, con su gracia de niño, hacía que te recordara cuando tenías la misma edad, en aquellos días en que por toser un poco te hacíamos quedar en casa y te venías á leer junto á mi mesa; ¡qué orgullo tenías en traerme los libros gordos tan pesados que casi te arrastraban con su peso y en ayudarme á trabajar alargándome un lápiz ó una caja de plumas!



Pues ¿y Ninita? ¿te acuerdas cuando sentada sobre la alfombra, tan alta como una col decía que arreglaba la biblioteca de papá, y colocaba todos los libros embarrullados, con los títulos hacia abajo, los autores revueltos, descabalados, en un conmovedor desorden que yo hacía que respetara Antero?... pues bien, la voz de Mauricio era para mí el eco de todas estas tonterías divinas, de todos estos recuerdos guardados en un rincón de mi corazón; nunca hubiera creído echarlo tanto de menos.

»¡Señal de vejez, hija mía, sí, de vejez! Voy á cumplir los cuarenta y cinco años, edad en que físicamente ya no vive el

hombre de sus rentas, sino que empieza á gastar su capital de fuerza y de salud. Las fuerzas ya no se reponen; cada disgusto traza una arruga; cada emoción gasta y afloja la tensión nerviosa. Es triste, bonita mía, pero lo mejor de mi existencia ha pasado; mis mayores éxitos ya los he tenido; de ahora en adelante todo será decaimiento de fuerzas y de suerte, y detrás de mí tendré una juventud apresurada y ávida que me empujará ferozmente. En estos tiempos pronto lo dan á uno de desecho, y cuando lo han dado á uno de desecho, no tener ni hogar ni familia, es duro! A la hora que te estoy escribiendo, rendido de cansancio por haber pasado la noche en el círculo, ¡si vieras qué triste me parece mi *home* y qué placer me daría saber que en la habitación de al lado dormía un ser querido, una mujer, un hijo, á quien se temiera despertar pisando fuer-

tel... ¡Pero, no hay nadie, ni siquiera en el piso bajo!

» Me dirás que he tenido un hogar y una familia y que no he sabido conservarlas. ¿Quién tiene la culpa?... Nunca me he quejado, nunca te he dicho nada contra tu madre que no ha guardado la misma reserva que yo; pero será preciso que sepas como me he sacrificado y que no es justo, haya pensado lo que haya pensado un juez idiota, que yo permanezca solo, siempre solo cuando mi mujer... ¡Dios mío! te estoy hablando mal de los magistrados á tí que te vas á casar con uno... y que tiene muy buena facha según me pareció la noche del martes de carnaval en nuestros salones oficiales!...

» El padre, cuya visita recibí anteayer, me ha gustado también mucho. Es un hombre grueso no excesivamente majestuoso para ser presidente de Sala, con ta-

lento, ojos maliciosos, larga barba blanca que causa gran escándalo en el Palacio de Justicia y opiniones democráticas á las que debe la rapidez de su carrera. No tiene un cuarto. Ha sido una suerte que yo me haya ocupado desde hace tiempo del dote de mi Rosa. Sin entrar en pormenores de negocios, puedo decirte que te cedo los derechos de mis dos obras más productivas: *Los jardines encantados*, de la Opera Cómica, y *Mr. y Mme. Dacier*, de la Comedia Francesa, que, calculando por lo bajo, dan unos veinte mil francos al año. El padre de tu Gaston me parece que ha quedado satisfecho. Le he enseñado el álbum en que tu hermana y tú estáis retratadas á diferentes edades; ha parecido entusiasmado y ya ha hablado de Ninita para su hijo más joven que se está preparando para entrar en Saint Cyr. Puedes ser completamente feliz, pues el asunto

está ya resuelto, á no ser que en casa de Garin de Malville, con quien estoy citado, me digan que Mr. Remory padre, es un evadido de Noumea á quien han hecho presidente de golpe y porrazo para premiarle servicios especiales. Hubiera debido empezar por tomar informes, pero Malville, que es el único magistrado que conozco del Tribunal Supremo, está organizando en Lilla, un gran festival wagneriano y no volverá hasta dentro de unos días. Cuando todo esté arreglado y casados vosotros, lo más pronto posible, hablaré á mis hijos de un proyecto, de un sueño que no me deja en paz; después de todo, ¿por qué no te lo he de decir ahora con la condición de que guardes el secreto si juzgas la cosa irrealizable?

»¿Qué te parecería la idea de vivir en Versalles los tres? El nombramiento de Gastón Remory es, según parece, cues-

tión de unas semanas, el tiempo necesario para casaros y para que alquiléis, cerca del parque, un hotel delicioso de dos pisos y situado entre un patio de entrada y un jardín. Me instalo en el segundo y vosotros en el principal, cada uno en su casa, con cocina separada, pero con la facultad de comer juntos en el gran comedor del piso bajo. ¿Ves tú que vida más feliz para mí? ¡tener á mi hija tan cerca, oír sus pasos, oír su risa, desquitarme de tantos días pasados lejos de ella! ¡y para vosotros resultaría esto tan cómodo!

»El pobre padre no os había de incomodar. Que queráis verlo, tac-tac en el techo: que conoce que os estorba, pues en seguida se sube á su casa: pues ¿y cuándo llegue el bebé? ¡qué comodidad las noches que queráis salir! ¿Quién se queda guardando y vigilando la casa, el niño, y

los criados?... ¡El abuelo!... y mientras tanto, lejos de los molestos, de los que piden prestado, de los actores en busca de un papel, de los directores que meten prisa para que se acabe la obra que se está haciendo, el dichoso abuelo trabaja tranquilamente en medio del silencio para formar la dote de Ninita. Nunca habría sido tan feliz, y conociendo tu excelente corazón, estoy seguro de que también tú serías dichosa de rechazo.»

A la carta de su padre contestó Rosa de Fagan á correo vuelto:

«Mucho nos hemos alegrado, mi querido papá, de saber que los periódicos se habían equivocado y que no has estado enfermo del cerebro; pero deja que tu hija mayor te regañe un poco; has de convenir con ella en que si tu razón está intacta, tu conducta en cambio no es siempre la más propia de un hombre formal.

Tu aparición en el baile del Gobierno la noche del martes de Carnaval con todos aquellos jóvenes no era de lo más correcta; confíesalo, y confiesa también que mamá y el primo, á los que pusiste en una situación muy molesta, tenían razón para incomodarse contigo. Perdona que te lo diga, á tu edad eso, es hacer una *vida de zarzuela*.—La frase es de Gastón que, sin embargo, te quiere de todo corazón y que aprecia mucho tu teatro—pero la verdad, ir corriendo calles vestido de máscara con Rouhouze, y meterte en una casa á la que tantos motivos te prohibían acercarte... ¡vamos, papaíto!... ¡no está bien hecho!... Además; ¿es creíble lo que han dicho á Mr. La Posterolle de que ibas á hacer una comedia con su matrimonio y tu divorcio?

»Después de este sermón merecidísimo nos ocuparemos de asuntos más alegres.

Tus propósitos respecto á mi dote me han conmovido; con ella y con el sueldo de Gastón seremos unos verdaderos capitalistas; pero ¡qué lástima que tu idea de vivir juntos no sea práctica! Hubiera sido delicioso queriéndonos como nos queremos; pero hay mil cosas en las que tú no has pensado, que se oponen á este proyecto. ¡Dios mío! ¿no está llena la vida de privaciones y contrariedades? Si viviéramos siempre juntos, ¿cómo se arreglaría mamá para verme sin estar expuesta á encontrarse contigo á cada momento? y estos encuentros serían para vosotros tan desagradables como poco convenientes á los ojos del mundo y hasta de los criados. Lo mismo sucedería con el primo, que tendría que privarse de visitarnos, so pena de obligarte á subir á tu casa en cuanto entrase en la mía; y hay que pensar que Gastón tendrá por precisión que ver muy

frecuentemente á Mr. La Posterolle. A él le debemos el ascenso y nuestra boda; cuando lo hagan Consejero de Estado, y mamá, y él y Ninita vivan en París, estaremos constantemente los unos en casa de los otros. Padre querido, tu sueño era un sueño, bórralo y no te acuerdes más de él, pero consuélate pensando en que tus hijas te verán con mucha frecuencia mucho más á menudo que cada dos domingos, como mandaba la sentencia.

» Como es natural, Gastón no sabe nada de tu proyecto; le hubiera costado mucho tener que decirte que no, agradecido como está á tus bondades y habiéndome encargado además que te pida un favor: se trata de saber el precio de las perlas para la canastilla. Quisiera tres hilos con un rubí por broche. Mira, papáito, busca, infórmate. Al final de esta carta encontrarás una lista con otros encarguitos; ni si-

quiera busco excusas, porque estoy acostumbrada á que me mime el papá más bueno y más cariñoso...»

Las últimas líneas casi no pudo leerlas porque las lágrimas enturbiaban sus ojos. ¡Pobre Rosa; no era suya aquella carta sin corazón, llena de sentencias morales!



Se la habían dictado; le habían llevado la mano y detrás de ella, sentada á su pupi-

tre de seda azul, veía la sonrisa traidora de Mme. La Posterolle, y oía su voz seca y dura comentando y corrigiendo...

¡Sí por Dios! se podía hacer una hermosa pieza con su historia... una pieza que haría llorar á todos los padres y quizás á algunas madres y que podría titularse: *El divorcio de papá Goriot*.